

Variaciones sobre y bajo una silueta arenosa prolongada

Ángel Sánchez

Laguna de Osorio, octubre 2007

La nueva ciudad fundada en el Atlántico se alonga hacia el Norte, conquistando arenales sólo poblados por matojos salitrosos. Algunas fotos de finales del s. XIX – en grandes ampliaciones murales para estímulo de cierta nostalgia adánica – testimonian la virginidad de aquel espacio desértico, que unirá definitivamente isla e isleta. Porque hay una isleta rocosa allá al Norte, abrupta y desnudamente volcánica, a la que se llamó

La Isleta, acaso porque ya se había bautizado a La Graciosa como islote.

No parece haber otra iconografía de tal alargamiento físico y antrópico, que nos muestre la perspectiva lineal de su colonización y crecimiento urbano. No la había en las artes plásticas: demasiado prosaico parecía ese accidente como sujeto estético.

En cualquier momento podía aparecer quien aliviara ese espacio, ya habitado, del prosaísmo y la inercia que le habían negado carta iconográfica, presencia táctil, clima y color. Ha sido Alfonso Crujera quien la ha elegido, no tanto para sacarla del anonimato, sino como un icono que se define como perfil, silueta, alineamiento definitivo de la expansión ocurrida durante un siglo largo. Lo elige para volver a la pintura, que nunca había abandonado, cuando algunos pensaban que tan sólo se dedicaba al grabado electrolítico, su última especialidad tanto como artista, cuanto en su tarea como entusiasta difusor y enseñante.

Ciudad de arena que adopta la sincrética nominación de LPGC, al aire de un tiempo que se mueve por siglas, dígitos, *chips*, *bites* y *blogs*. Ya nada es lo mismo que en los tiempos de antes, dicen los mayores. Lo dirán porque viven mayormente sobre asfalto, contaminados por la prisa y los gases derivados del combustible fósil, sin arenales ni matojos que recuerden el pasado casi reciente. Pero desde donde Crujera la observa a diario – en la distancia, desde el Caletón – la ciudad se ve otra. O tal vez sólo se deja contemplar, echada como la misma mar, entre dos azules contrastados, simultáneos o imaginarios. Silenciosa, estática, hasta parece hermosa. La silueta se vuelve una idealización, una idea, un sujeto de fijación retiniana. Es otra cosa, es arte: el arte de la contemplación.

¿ Cómo fijar el escenario y convertirlo en producción estética ? Pues sencillamente: según el libre ejercicio de la pintura. Toda esta obra es un ejercicio de pintura montado sobre la excusa del *sky-line* capitalino, una elaboración que plantea el difícil juego entre la obviedad del género paisaje (el recurso) y su liberación pintada a gusto (el discurso). Pintura nada sigilosa, sino que se hace notar con un sonido de voluntad de estilo; y es una voluntad modulada por los días. Unos de turbulencia, otros de laxitud, siempre en el encono por inventar sintagmas de futuro, aforismos coloristas que den mejor definición a la prosaica línea urbana.

Desde un prototipo iniciático de arena, creado con plantilla, la obra se va desplegando como fijación iconográfica y como resultado de una vida de artista, retroalimentándose idealmente de Turner y de Pollock; aunque no concebida al modo clásico de representación concesiva hacia lo distinguible. Modulada más bien

según la onda del placer de quien pinta por pintar, puro instinto de goce en el caso de Crujera, pura inquietud de que el resultado esté a la altura sensitiva, introspectiva y lúdica del proceso que la hizo nacer.

Hay una línea que se sitúa como 'motivo' y que da en funcionar en tanto plano separador de actitudes opuestas, difícilmente complementarias. Por lo general el drama ocurre sobre esta línea: esa región computa fijaciones de hábito retiniano: la 'panza de burro', los cúmulos que anuncian el final de una borrasca, etc. Pero las nubes son pintura, no una foto fija; la naturaleza se desdice y adopta el acomodo de la técnica pictórica. Corporeidad, no camuflaje. Hay aparentemente un sol de amanecer anaranjado sobre el promontorio de la Isleta y unos nubarrones preñados de lluvia imposible, oscuros por no recibir sol de frente (cuadro LI). Queda a la vista que es un instante de taller, una decisión, un arrebató, no un retrato.

Se trata de otra realidad, que debe imponerse a la convención visual que hemos llamado 'motivo' . Pero que tiende a reaparecer como un guiño a la situación de origen, tal como sucede en ese preciso lugar de la línea arenosa donde unas grafías lineales nos sugieren que de no ser lanzaderas espaciales deben ser grúas de muelle, *plumas* de construcción, material-memoria del progreso vertical de la ciudad. Ciudad amada, ciudad contaminada, ciudad sucintamente pintada como reguero de hormigas.

Ante el riesgo de estar haciendo variaciones sobre y bajo una silueta de arena prolongada - al gusto de todo tipo de público - el artista ha ido pensando una maniobra de contención temática que deje intacta la inventiva en cada unidad presentada. Se trata de evitar el lugar común, la equívoca reincidencia. El *dripping* que gravita sobre la ciudad lineal, los azules turbios que desmienten la placidez de la mar echada, el rebaño de nubecitas grises que se ciernen sobre la cinta urbana, buscan de algún modo su complemento como expresión dialogante con el plano de costa.

El suyo es un expresionismo de hábito retiniano que hace de Crujera un *artista* empapado en el disfrute de pintar. Bien es verdad que trabaja con ventaja : tiene para ello luz y amparo en el Norte, la salinidad tonificante y la escamosa piel del mar de leva a su favor. Con tales incentivos, y una prolongada tarea de estudio, no es difícil cuadrar la recompensa cognitiva que resulta ser esta Punta del Caletón. Lo real se esfuerza dentro del rectángulo / soporte por ser distensión en la base y combate en las alturas, lenguaje de *espacio inventado* desde el momento no preexistente, no consiguiente al pliegue de conciencia que se adapta a la materia pintura.

La madurez se paga : no hay mejor excusa.

CATÁLOGO EXPOSICIÓN "LPGC". Centro de Iniciativas de la Caja de Canarias. Las Palmas. Diciembre 2007